

Construyendo el pasado: una evaluación

Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia

Sofía Botero Páez (ed.)

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia (edición especial), Departamento de Antropología, Museo Universitario, septiembre de 2003, 219 p.

Como reza en la presentación de este texto, se pretende con la conjunción de ensayos “dar relieve al trabajo y la actitud del maestro” Graciliano Arcila (p. 10). En consecuencia, además de los balances, propuestas y presentaciones críticas, la obra en general resulta en una suerte de panegírico en honor de este antropólogo. Sin duda, este tipo de presentación póstuma es enteramente válida y necesaria para no echar en saco roto legados de igual importancia como los de Gregorio Hernández de Alba, Julio César Cubillos, Luis Duque y Antonio García,¹ quienes se encargaron de introducir en la segunda mitad del siglo xx toda la discusión sobre el relativismo cultural en el gobierno, tan paradigmática para la emergencia de toda la legislación multicultural de la cual nos sentimos tan orgullosos ahora; sin embargo, propondría a oídos abiertos no esperar la partida de otros arqueólogos para poner de relieve sus aportes; por ejemplo, hablo de la deuda que se tiene con la generación que introdujo en Colombia toda la discusión procesual, con el grupo de arqueólogos que trajeron muy a propósito todos los planteamientos epistemológicos propios del posprocesualismo, y por supuesto, cómo ignorar todo el capital simbólico gastado en la enculturación de la generación que trabajó con el profesor Robert Drennan, otra deuda más que tenemos con el pueblo norteamericano.

Pero acá no vamos a hablar de historia “patria” (de *pater*); más vale hacerlo de los parricidas, ya que después de la obra de Thomas Kuhn es posible aseverar

1 Así como no se podría decir que Franz Boaz era un físico, menos aún se puede decir que Antonio García era un economista; para adentrarse a la obra de este antropólogo olvidado por la historia de la disciplina véase García, 1953.

que los cambios paradigmáticos, para bien o para mal, ocurren por los tránsitos generacionales más que por la lógica misma de la ciencia, como lo suponía con tanta vehemencia Sir Karl Popper.

El panegírico está dividido en seis (6) partes a cargo de cinco (5) autores y una pareja: el primer artículo a mano de Carlos Piazzini elabora unos comentarios críticos sobre la historia de la antropología en Antioquia a la luz del análisis discursivo ya implementado en la disciplina (cf. Gnecco y Piazzini, 2003); el segundo artículo a cargo de Javier Rosique da cuenta sustantiva de los trabajos en antropología física elaborados por Arcila; el tercer artículo elaborado por la pareja Santos-Otero hace una síntesis de la región en términos arqueológicos; el cuarto trabajo, bajo la responsabilidad de Mauricio Obregón, describe de manera formidable los puntos críticos de la arqueología antioqueña; en quinto lugar está la propuesta de Francisco Javier Aceituno, que aborda con una excelente documentación teórica la materialidad de las sociedades más tempranas de la zona; por último, está la propuesta hermenéutica que hace Sofía Botero de los escritos de los funcionarios que visitaron lo que hoy es Antioquia en los procesos de colonización hispánica del siglo XVI.

Desde el punto de vista de esta reseña, el artículo de Piazzini, además de todos los mojones que señala sobre la institucionalización de la antropología, su plataforma teórica, sus producciones sustantivas en arqueología, su devenir histórico, presentan una discusión interesante que ahondaremos y la cual une la epistemología de esta práctica disciplinaria temprana con su entorno político, dos caras de una misma moneda que desafortunadamente en la arqueología aún se ven como dos universos separados.

En el marco de la plataforma teórica que Piazzini describe en el aparte “La ciencia del hombre” (pp. 19-23), hay una cita textual de Arcila que plantea: “Para el antropólogo verdadero que actúa ante el indígena, no puede existir un compromiso religioso, ni plataforma política e ideológica que obedecer. Su consigna es solamente perseguir la presencia del fenómeno humano, descubrir su realidad, analizar su contenido y tratar de formular necesidades básicas” (p. 21).

Como se desprende del comentario de Arcila, los antropólogos “verdaderos” son aquellos anclados en una postura epistemológica que supone la existencia del “fenómeno humano”, allá, en un mundo fenoménico al cual es posible acceder por el método. Por ello, el plan de enseñanza de la arqueología en la Universidad del Cauca cuando estaba en manos de Julio Cubillos, amigo personal de Arcila,² supo-

2 En la ceramoteca de la Universidad del Cauca queda la correspondencia de Arcila con Cubillos, el día 16 de diciembre de 1958, Cubillos escribe: “Ésta como contestación a la tuya de Julio 18 del presente año cuya característica sobresaliente responde a una frialdad oficial que no sé como se te ocurrió conmigo que de sobra sabes no he cambiado sino en el calendario porque en la amistad hacia ti sigo siendo incólume”. Como se puede apreciar Cubillos reclama a Arcila que en aras de la amistad, de las ideas que los pudieran unir, abortara la “frialdad oficial” que Arcila profesaba esquizoidemente, siendo una persona como científico, otro como ser humano, un divorcio insostenible en la actualidad.

nía formar a los educandos en un sistema taxonómico que describía tipos sociales a los cuales era posible acceder por la identificación de una serie de rasgos que se encontraban con las adecuadas técnicas de excavación y reseñaban con las maneras correctas para dibujarlos.

Desde esta mirada científicista, para los antropólogos de la época era impensable que el deseo en el progreso de los indígenas, constituyera una plataforma política e ideológica; a pesar de su sesgo evolutivo, Arcila con la inocencia propia de todo colonialismo señala:

Los problemas de tierras de los indios de Antioquia, son los mismos problemas de los indios de América: el despojo lento de sus tierras y la depredación de sus propios valores biológicos y culturales. Nuestros gobiernos no han sabido utilizar hasta donde es posible la fuerza que existe en estas masas humanas, para canalizarlas hacia el progreso nacional (p. 22).

Lo que estaba en la superficie del tejido de Arcila y que no se pone de relieve, en vista de que el artículo se orienta hacia una historia de las ideas, es la construcción del indígena como un ser carencial que debe ser completado por las instituciones normalizadoras del Estado; de esta manera la asepsia metódica que permite encontrar con el palustre evidencias de sociedades desaparecidas, “razas fósiles”, como señala el programa de antropología de la Universidad del Cauca de finales de los 40, se complementa en el proyecto civilizador de las secretarías departamentales de “Higiene”, con las cuales Arcila estaba emparentado (p. 26).

Tal vez lo más preocupante es que la tendencia normalizante aún se mantiene con una vigencia desafortunada, no tanto en la literatura disciplinaria donde ya existen propuestas insubordinadas al respecto (cf. Gnecco, 1999), sino en la insistencia que raya en terquedad de algunos museos de orden nacional, que buscan presentar objetos desvinculados de sus relaciones con memorias colectivas que se los adjudican en aras de la reivindicación de su alteridad.

El segundo artículo nos introduce al campo de la antropología física. En este apartado de la obra, Javier Rosique aborda las contribuciones de Arcila en el estudio biológico de las poblaciones nativas. En Colombia, o por lo menos en el departamento de antropología de donde vengo, el estudio físico de las poblaciones humanas ha hecho carrera como una suerte de respuestas frente a los discursos “metaarqueológicos” o a la “filosofía de la arqueología” que profesan(mos) los estudiantes al margen de los métodos cuantitativos de la disciplina; sin embargo, al abordar este fragmento del panegírico confirmo que el análisis del discurso cuantitativo subraya relaciones implícitas en la fascinación por la matematización y la normalización de la alteridad; veamos por qué.

La obra inicia con una formulación pragmática: “el origen del hombre americano se convirtió en un tema de blancos, políticamente inofensivo y ajeno a los movimientos sociales indígenas” (p. 45); es decir, la discusión sobre el origen del hombre americano, la cual conllevaba análisis somáticos que encadenarían biológi-

camente a las poblaciones asiáticas con las americanas, según este argumento, nunca estuvo estructurada en los paradigmas de la normalización que hicieron carrera en el siglo XIX y durante todo el siglo XX hasta la década de los 90; sin embargo, estos discursos sí posibilitaron que la matematización, la transparencia del lenguaje numérico, creara un abismo insondable entre la historia americana verdadera, aquella que se producía con el uso de reactivos químicos y *software* estadísticos, cuyo uso en los procesos de investigación eran presentados en ecuaciones numéricas que se suponía, emergían de una lógica externalista que nada tenía que ver con situaciones políticas, y los mitos, esa taxonomía de lo concreto que ayudaba a que la vida primitiva fuese menos miserable, un engaño inofensivo que era materia de los estudiosos del folklore.

Como el texto de Piazzini, el de Rosique, al abordar el discurso de un hombre atado a su época, está en la posibilidad de generar los encadenamientos que contextualicen dicho tejido con los paradigmas más generales a los cuales le debe su existencia; sin embargo, esto no es posible en la obra ya que el panegírico exige una historia de las ideas, una serie de relaciones con el pasado que aseguren la perpetuación del discurso, lo cual significa que se pida a las nuevas generaciones evolucionar en la definición de las unidades de análisis, en la determinación de los hechos, sin cuestionar su propia episteme.

En el desenvolvimiento del texto, Rosique prosigue con la historia investigativa de Arcila y cómo éste desde la hematología y la antropometría determinó el alto porcentaje de mestizaje en los cascos urbanos de Antioquia; retoma esta tendencia de Arcila y propone cómo desde el análisis del ADN mitocondrial se reseña una hibridación racial que “contrasta con la percepción cultural de los mestizos [...] que se identifican cultural y fenotípicamente con los ancestros españoles” (p. 55). Seguramente si se acepta el orden del discurso biologicista en antropología uno encuentra que la hibridación vista desde el ADN mitocondrial representa un hecho paradigmático incólume, sin embargo, el sustrato biológico poco importa en los procesos de construcción colectiva de la memoria, lo cual significa que para los que construyen la filiación con los ancestros hispánicos, como ha ocurrido en otras comunidades, el discurso científico es útil cuando los representa y es insustancial cuando los controvierte.

Por fuera del análisis discursivo, el trabajo de Rosique señala nuevos caminos que la disciplina debe abordar, como el hecho de que la ocupación del continente puede estar asociada al uso de infinidad de rutas que no se agotan en las tradicionales entradas meridionales (p. 59), también el señalamiento de que los análisis de mezcla de heterocigosis apuntan a relaciones biológicas con grupos específicos en el momento de la migración (p. 61).

Lo que se debe dejar en claro, es que a pesar de lo relevante que son estas preguntas en la antropología física, ellas por sí mismas no justifican una categorización de los discursos de acuerdo con el nivel de matematización que implican, o al

uso de un *software* en virtud del manejo de infinidad de variables y correlaciones; tal vez esto emocione a quienes adhieren a una postura que ve en la investigación científica la construcción de una verdad que puede ser desentrañada por medios neutrales, como un ordenador, el cual está por fuera de los sesgos políticos propios de su memoria; sin embargo, esta postura no deja de ser más que una fetichización del conocimiento, de la producción cultural, algo, en todo caso, sobre lo cual debería haber mayor conciencia en el país.

En tercer lugar está el artículo de la pareja Santos-Otero. En este apartado de la obra se ofrece un panorama amplio de las primeras investigaciones arqueológicas de la zona, las cuales estaban orientadas a la formulación de los fenómenos arqueológicos y a su comportamiento espacio-temporal (p. 73); igual a lo que ocurrió con los autores que introdujeron el debate procesual en Colombia, los arqueólogos Santos-Otero señalan que una de las deficiencias de estas prácticas tempranas fue que los modelos de análisis de los datos arqueológicos estaban por debajo del nivel de la conciencia; también el texto enseña cómo la variación temporal en fenómenos arqueológicos espacialmente concretos fue concebida como una variación cultural, ignorando los procesos de cambio tan pertinentes para el procesualismo (p. 75). Respecto a la dinámica propia de la investigación en Antioquia, los citados arqueólogos señalan cómo G. Santos sugirió, que la cerámica no se limita a servir de indicador étnico y que por el contrario, puede servir de alegoría a redes de intercambio generadas para el control de acceso a recursos (p. 79). Sin embargo, esta postura teórica que pudiera servir de marco de discusión para sugerir los cambios paradigmáticos en la disciplina, o su posible diálogo con otras academias, es reseñado a modo de referencia en el panegírico; la arqueología antioqueña haría un gran favor a la arqueología nacional al centrar esta discusión.

Después de estas apreciaciones generales, el texto nos lleva a presenciar la emergencia de la arqueología de rescate, y cómo desde esta práctica disciplinaria no se generaron cambios epistemológicos importantes, pero sí la definición de nuevos fenómenos arqueológicos de gran relevancia, como por ejemplo una secuencia que une en un mismo espacio el uso en el holoceno de restos vegetales, posteriormente (6.000 a. p.) la introducción de cultígenos y la emergencia de alfarería (5.000 a. p.). A pesar de lo relevante que pueda ser esta sustantividad del registro arqueológico antioqueño, los arqueólogos Santos-Otero desafortunadamente dejan de lado cómo en la definición de estos fenómenos se alteraron las nominaciones Ferrería, Marrón inciso, Pueblo Viejo y Picardía, las cuales, se da por sentado, constituyen convenciones ineludibles en el debate arqueológico de Antioquia; sin embargo, esta taxonomía tiene serios problemas de orden teórico, ya que conjuga, según lo que se puede inferir de la nominación, criterios geográficos (Pueblo viejo debe ser el lugar donde se encontró una cerámica con ciertas especificaciones que desconocemos), con criterios estilísticos (e. g. Marrón Inciso), lo cual viola una regla elemental de la sistemática que reza que en la comparación de dos o más unidades de análisis, los atributos que las definen deben guardar coherencia entre sí (cf. Dunnell, 1986).

A pesar de que Santos-Otero señalan que las investigaciones de Langebaek y Ardila (p. 84) en la década de los 90 constituyen dos excepciones a las estrategias tradicionales en la práctica disciplinaria en la región, creo que su peso no ha sido el deseado ya que, por lo menos, después de estos trabajos no se ha cuestionado la sistemática antioqueña y en general la del país.

Un elemento relevante que debe ser señalado en el texto es que en la práctica disciplinaria de la región no ha pasado desapercibida la gran cantidad de datos interdisciplinarios producidos en las obras de rescate; estos elementos han permitido cuestionar, por ejemplo, la categorización de caza y recolección, a grupos que en realidad, no sólo utilizaron sus medios ambientes sino que los construyeron mediante el uso de cultígenos; sin embargo, los autores plantean en medio de este debate que tal vez la producción discursiva que se ampara en los datos cuantitativos de restos vegetales y demás, sólo sea uno más de los discursos tal como lo plantea “una posición postmoderna” (p. 89). Pero para fortuna de los investigadores, ellos tienen claro que: “la mayoría de los arqueólogos participamos de la idea de que el ‘registro arqueológico’ sustenta científicamente las interpretaciones, es decir, que el registro arqueológico es un reflejo pasivo del pasado prehispánico” (p. 89). Nada de equivocado tiene sostener una posición positiva, lo problemático es que se la defiende por fuera de la densa discusión que en filosofía de la ciencia se da sobre el particular; esto hace que uno se mueva en una línea tenue entre la vehemencia y la ingenuidad.

A pesar de que el texto es consistente, el planteamiento de un debate de tal magnitud en unas cuantas líneas no puede menos que producir perplejidad y unas cuantas preguntas, como por ejemplo, ¿qué reflejan las denominaciones Cancana, Ferrería, Marrón Inciso, Tardío Valle de Aburrá?, ¿qué debemos entender cuando se señala que la ocupación Ferrería desplaza gradualmente a la ocupación Marrón Inciso? (p. 109), ¿acaso son estas entidades signos que han sido depositados sobre las cosas por un demiurgo para que nosotros podamos sacar a la luz sus secretos tal como lo suponía la episteme del siglo xvi? (cf. Foucault, 1999).

A mi modo de ver, el registro arqueológico no existe, constituye una invención discursiva que produce la propia materialidad sobre la que se sustenta, por ello, no se tendrá un mejor conocimiento del pasado encontrando más tuestos y tumbas, sino determinando epistemológicamente cuál es la serie de relaciones que aún no podemos visualizar en la materialidad, es decir, que tendremos mejores trabajos de arqueología cuando concertemos qué serie de signos debemos imponer a la materialidad; por ejemplo, los restos vegetales siempre han existido, mucho antes que llegaran los españoles o que se fundaran los departamentos de antropología en Colombia, pero sólo han sido involucrados como indispensables en las investigaciones unas cuantas décadas atrás; de ésta manera, cualquier cambio epistemológico supone una nueva visión del mundo fenoménico, por lo cual éste no refleja absolutamente nada, es construido desde nuestros presupuestos, desde los signos que les imponemos.

Esto nos lleva a otra discusión, las inferencias *Micky Mouse* de las que tanto habló K. Flannery, a saber, que las variaciones de los entierros sugieren diferencias políticas, que la construcción de sitios funerarios sirve como marcas territoriales, etc. Creo que un obstáculo epistemológico que debemos superar, para usar la sentencia tan famosa de Gaston Bachellard, es el centrarnos en los problemas de la diferenciación social, tema que no es exclusivo de la antropología, por el contrario debemos entender cuáles eran las determinantes discursivas y significativas de la diferenciación prehispánica, por qué las élites utilizaban ciertos símbolos y no otros, por qué se configuraba la pauta funeraria de una manera y no de otra; pero para lograr esto no basta con excavar la última tumba del país, algo que ya están haciendo los particulares mientras la disciplina pareciera fosilizarse en sus propios museos o mientras las nuevas generaciones de arqueólogos se marchitan bajo una inactividad terrorífica, sino que se debe concretar cuáles deben ser las técnicas más adecuadas para registrar los bienes perecederos y no perecederos que pudieran acompañar un ritual funerario, por ejemplo.

Lo anterior debe conducir a cuestionar de manera concreta la tara del caciquismo que no sólo nos asola en la democracia colombiana sino, para colmo de males, en la disciplina, por ejemplo, a pesar de que la teoría enseña que los cacicazgos son organizaciones sociales asociadas al control de un territorio, a un sistema de almacenamiento de los excedentes alimenticios, a una forma de control sobre las fuentes de materias primas, ninguna investigación arqueológica en Colombia ha aportado datos diferentes a los resultados de la diferenciación política, como se supone que es la orfebrería en las pautas funerarias; seguramente, en épocas prehispánicas pudieron existir centros de especialistas, ¿pero qué tal que estos no tuvieran adscripciones políticas?, ¿qué tal que la monumentalidad agustiniana por ejemplo, se hubiera desarrollado por fuera de una red de producción de excedentes?, para mencionar solo dos posibilidades.

Después del trabajo de Santos-Otero, encontramos el trabajo de Obregón. En este aparte además de presentar las discusiones que ya se habían señalado anteriormente, como el énfasis en una arqueología histórico-cultural, el uso indiscriminado de atributos para la definición de categorías de análisis, etc., Obregón plantea de manera concreta que la transformación disciplinaria en Antioquia que él registra es producto de una apertura hacia nuevas ideas y al contacto de la academia local con otras fuentes analíticas. A diferencia del artículo anteriormente señalado, Obregón supone que ha existido una tendencia desfavorable en la arqueología de Antioquia al presentar en cuadros aislados los procesos tempranos desconectados de sus relaciones con agrupamientos asociados al uso de la alfarería y a modos de uso del espacio propios de asentamientos sedentarios. Dentro de este marco sustantivo, Obregón también señala cómo la manipulación de cultígenos y la utilización de estrategias de movilidad reducida han sido reportadas con anterioridad al uso de la cerámica, lo cual supone desestructurar la creencia de que la agricultura y la alfarería son dos

condiciones sine qua non para la complejidad social (p. 135); pero mejor aún, estos argumentos pueden permitir suponer que tal vez no existieron “sociedades complejas” según los modelos neoevolucionistas, sino diferentes estrategias socioculturales entre las cuales el uso de la cerámica, por ejemplo, puede estar asociada a estrategias de movilidad reducida, pero no enteramente sedentaria, o por ejemplo, como lo señala Obregón, a la manipulación de cultígenos sin que esto signifique agrupamientos demográficos específicos.

A pesar de la agudeza en las apreciaciones de Obregón, su discurso cae fácilmente en los determinantes arbóreos de la taxonomía neoevolucionista, ya que para él constituye un “avance” el reporte de sitios de ocupación nucleados que habla claramente de algún tipo de jerarquías. ¿No valdría la pena auscultar otro tipo de relaciones más rizomáticas que lleven a fundamentar o desechar de una vez por todas, por ejemplo, la existencia de patrones nucleados de ocupación asociados al manejo de una horticultura no excedentaria?

Un elemento importante en la reflexión de Obregón sobre la práctica disciplinaria en Antioquia, es la falta de relaciones de mediación entre las tesis argumentativas y los resultados producidos en campo; Obregón lo ilustra de manera concreta en el manejo que se le ha dado a los estilos decorativos tardíos cuya simplicidad se ha asociado de manera conjetural con la decadencia de las élites de la región; para Obregón esta simpleza no es sólo reflejo de tal decadencia, sino por el contrario, la manifestación de cierta consolidación del poder de las mismas, pero al igual que las tesis esgrimidas con anterioridad, la creencia en las élites no es discutida, y ni siquiera se presenta con claridad cuáles son los atributos específicos para entender las especificidades de la jerarquía a la que se alude. Aunque una investigación de orden histórico lo podría poner en cuestión, tal vez durante varias décadas hemos tratado de encontrar líderes, caciques, al modo hispano, los cuales sí tenían asociados especialistas, y un control territorial específico apuntado en los patrones de medición de la tradición occidental. Este tipo de reflexión tal vez nos lleve a considerar que no es una anomalía, como lo supuso Carlos Sánchez, el que la estatuaria agustiniana se haya producido con anterioridad al uso intensivo del suelo, prerrequisito para que se cumpla lo estipulado en la teoría de los especialistas; en consecuencia, todo puede estar apuntando a que debemos generar modelos menos universales en los cuales sea posible cartografiar grupos culturales dentro de los cuales las variables asociadas al uso del suelo, a la producción orfebre, a la monumentalidad, a la alfarería, pueden estar ocupando diversos lugares.

El quinto artículo es de Francisco Aceituno y está orientado a dar cuenta de los resultados sustantivos de las ocupaciones en un vector espacial que se denomina bosque premontano en la cordillera central. Aceituno comienza su reflexión señalando que antes de la década de los 90 existía un “estereotipo” sobre los cazadores-recolectores que se comenzó a resquebrajar cuando desde investigaciones realizadas en el suroccidente del país se señaló que las estrategias económicas de

estas sociedades no se fundamentaban en la adquisición de grandes cantidades de proteína provenientes de la explotación de biomasa asociada a megafauna; también se argumentó que los recursos alimentarios de estos grupos provenían, no sólo de la disponibilidad de los mismos en el espacio, sino de la alteración del medio a través del manejo de cultígenos y la creación de jardines.

A pesar de que Aceituno inicia su exposición señalando que realizará una deconstrucción del discurso de cazadores-recolectores (p. 158), el caso es que su estrategia textual se asocia más a la presentación de datos sustantivos tendientes a minimizar el peso de las categorías con que se han venido trabajando usualmente estas sociedades tempranas.

El propósito deconstructivo, por ejemplo, se escapa a la mirada del lector cuando el texto presenta una descripción del contexto arqueológico que apela a patrones de medición como la cantidad de precipitación, humedad, altura; por ejemplo; en este aparte no es claro cuál es la utilidad descriptiva del espacio en términos cuantitativos; en el caso de una narrativa menos numérica, tal vez los efectos contextuales podrían ser los mismos.

El caso es que los datos que presenta Aceituno (p. 161) le permiten concretar afirmaciones como ésta: “en este sentido, los datos arqueológicos demuestran la ocupación milenaria de estas selvas de montaña, que, si bien no son Jardines del Edén, tampoco son ecosistemas determinantes de un único modelo de sociedad: tribus con horticultura itinerantes” (p. 162).

Al pasar revista a estas nuevas aseveraciones que construyen al cazador-recolector, ya no como un ser marginal cuya vida está determinada por la movilización de la megafauna, sino como un horticultor que introduce cultígenos desde otros espacios geográficos “maximizando los beneficios y minimizando los costos” (una fórmula central para la modernidad), Aceituno introduce la discusión sobre el peso ecologista que ha marcado la investigación sobre las culturas holocénicas, y cómo se ha pasado desde posturas implícitas amparadas en la ecología cultural clásica, a la ecología conductual (el enfoque que él explícitamente utiliza en sus investigaciones); después de este desplazamiento, Aceituno llega a la ecología simbólica, una interesante propuesta que remarca cómo los discursos culturales de los grupos sociales generan una serie de presupuestos que determinan la interacción de los grupos humanos con el medio ambiente (p. 166); en este sentido, la cultura, variable disciplinaria de la antropología, es la que permite construir el medio ambiente y en consecuencia no sólo los determinantes biológicos y físicos son los que constriñen los procesos de adaptación sino también las propias instituciones sociales. De todas formas, una cantera conceptual que espera ser usada en Colombia.

Pasando a otro tema, el artículo de Aceituno propone varios elementos que supongo deben entrar a formar parte del paradigma reflexivo en la enculturación de los nuevos arqueólogos para que se liberen de las taras positivas tan acentuadas en la academia local; en el caso de la discusión sobre la emergencia de los cultivos

disociados de pautas de asentamientos sedentarios, nos debe llevar a considerar que para la sedentarización sí es indispensable el manejo agrícola del suelo, pero para la implementación de éste no es necesaria la nucleación; como lo señala Aceituno la manipulación del medio para la creación de jardines (estrategia “r”) asegura la adquisición de ciertos recursos vegetales y aun animales sin que esto signifique la sedentarización.

Además de estas estimulantes reflexiones, Aceituno introduce los modelos teóricos que permiten comprender diversas conductas territoriales según la configuración de los recursos en el territorio; en este marco, el autor recalca cómo las pautas funerarias podrían en un momento dado constituirse en signos espaciales que legitimarían el uso del territorio en un modelo de explotación rígida (p. 173). A pesar de lo funcional de la apreciación, el caso es que su peso en la discusión es enteramente conjetural porque las evidencias asociadas al cementerio al que se refiere, como por ejemplo la determinación del espacio de su influencia, junto con la oferta de alimentos, o de biomasa, no están explícitamente argumentadas con información arqueológica coherente.

Para terminar con los comentarios a las apreciaciones de Aceituno, comparto con este arqueólogo el que la arqueología en Colombia haya ignorado las posibilidades comparativas de los estudios actuales, en concreto la etnoarqueología; de otro lado debo señalar que no sólo esta carencia es lamentable, sino más aun la desidia con que en los procesos de formación de los arqueólogos se ignoran los aportes sustantivos de otros modelos teóricos diferentes al neoevolucionismo, que si bien aún impera en diversos departamentos de antropología en los Estados Unidos, no constituye la única opción.

Por último está el artículo de Botero sobre la interpretación de los documentos tempranos de la colonización hispana en Antioquia. A diferencia de lo que señala la autora: “aquí, la pretensión no es hermenéutica” (p. 187), debemos anotar que toda lectura resulta en una nueva versión de la primera textualización, y como lo mostró Vincent Crapanzano (1986: 51-76) ésta es la base de la hermenéutica. Sería imposible realizar una lectura no interpretativa de lo que escribió Cieza de León, o Robledo o cualquier otro escribano, cronista o militar del imperio español del siglo xvi; en consecuencia: ¿es posible utilizar las crónicas para complementar el registro arqueológico, lo que en últimas busca Botero? Personalmente creo que no, tal vez el ejercicio inverso resulte más congruente, ¿es posible utilizar el registro arqueológico para señalar la episteme del siglo xvi?

A pesar de que Botero no lo plantea en términos tan explícitos, ella muestra de manera tangencial que al igual que los arqueólogos que están fascinados por la complejidad social, los cronistas del siglo xvi veían por todos lados “señores”, “jefes” y “caciques”, lo cual replicaba “de manera incierta la jerarquía y estructura ideológico-política propias de la monarquía española del siglo xvi, al igual que la gran cantidad de denominaciones como ‘pueblos’, ‘provincias’, ‘reinos’ y ‘comar-

cas” (p. 194). Desde esta óptica el gran aporte de Botero ha sido el proporcionar elementos para que en Colombia se comprenda que lo que se ha venido haciendo en la discusión sobre complejidad social en los últimos quince años ha sido construir un registro arqueológico que se ajuste a los prejuicios teóricos de todos los académicos enculturados en la teoría de los bienes de élite y de los intercambios funcionales.

Lamentablemente Botero no aborda esta polémica de lleno y se centra en descubrir en las crónicas elementos para comprender un pasado “real”; por ejemplo, en los comentarios que hace de la narrativa de Robledo en su contraste con la de Sardela, ella manifiesta que:

“en este punto del relato creemos necesario revisar la información que nos ofrece el escribano Juan Bautista Sardela sobre la travesía de las huestes invasoras, desde el momento que dejan el valle de Aburrá hasta llegar a las provincias de Currume y de ahí pasar a los que él denomina ‘provincias de Hevexico’ en donde se funda la ciudad de Antiochia; este relato corresponde a casi la mitad de su crónica, el cual es sorprendentemente rico en detalles sobre el largo y penoso viaje que significó para los españoles atravesar despoblados y montañas ‘ásperas y fragosas’, y acerca de la manera como los indígenas intentaron defender sus tierras y repeler a los invasores” (p. 197).

Después de estas líneas, Botero señala que el relato es importante para “conocer la sociedad Hevexico”, esto supone que la crónica se toma como una descripción real, como una escritura resultante de lo que cualquier “cristiano” en sus cabales podría reseñar; sin embargo, como ya ha sido señalado por diversos historiadores (cf. Barona, 2000), las crónicas fueron dispositivos de la memoria imperial para redibujar la realidad de América y sepultar los trazos significativos que anclaban a las sociedades nativas; entre los tropos más frecuentes en este proceso de normalización, la dureza del paisaje que reseña Botero en Sardela, fue axial para argumentar una remodelación del territorio a cargo de las huestes imperiales; con lo agreste de la geografía, la “imbecilidad” del indígena, su polilingüismo y politeísmo, se armaron los ejes mediante los cuales se argumentó la necesidad de una intervención militar, política y religiosa. Por ello, desde una perspectiva crítica, las crónicas “esconden” más que enseñan y tal vez ahí radique las disonancias que ellas presentan al ser comparadas con datos arqueológicos.

Considero que para iniciar este proceso de contrastación crónicas *versus* registro arqueológico, resultan útiles ejercicios como el de Botero, en concreto, la traducción de las medidas del siglo XVI con las actuales; pero tal vez lo que encontremos es la existencia de un divorcio entre estas narrativas propias de la episteme del siglo XVI y la materialidad del pasado, tal como le sucede a Botero; esta autora al hablar de las crónicas de unas provincias escribe: “Los conquistadores al parecer conocieron bien las provincias de Ori, Caramanta y Cartama, lo cual no nos permite suponer que sus referencias no sean confiables a pesar de que se convierten para nosotros en un pequeño enclave inexplicable en términos socioeconómicos y hasta donde sabemos difícil de sustentar en términos arqueológicos” (p. 209).

Agradecimientos

Deseo agradecer al Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia la posibilidad de comentar su texto. Además celebro con emoción la edición y publicación de documentos evaluativos como éste, un ejemplo que debe ser imitado. En concreto, mi infinita gratitud con Emilio Piazzini, Javier Rosique, Gustavo Santos, Helda Otero de Santos, Mauricio Obregón, Francisco Aceituno, y especialmente a Sofía Botero, por las estimulantes ideas presentadas.

Bibliografía

- Barona, G. (2000). "Memoria y Olvido: pasión, muerte y renovación de la colonización del imaginario". En: Gnecco, C. y Zambrano, M. (eds.). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*. ICANH, Unicauca, Bogotá, pp. 121-149.
- Crapanzano, Vincent (1986). "Hermes' dilemma: The masking of subversion in ethnographic description". En: *Writing Culture. The poetics and politics of ethnography*. University of California Berkeley, pp. 51-76.
- Dunnell, Robert (1986). "Methodological issues in americanist artefact classification". En: Schiffer, M. (ed.) *Advances in archaeology Method and Theory*, Academic Press, Orlando, Vol. 9, pp. 149-207.
- Foucault, Michel (1999). *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México.
- García, Antonio (1952). *Legislación Indigenista de Colombia*. Instituto Indigenista Interamericano, México eds., México D. F.
- Geertz, Clifford (1989). *La interpretación de las culturas*. Gedisa, México.
- Gnecco, Cristóbal (1999). *Multivocalidad Histórica: hacia una cartografía de la arqueología post-colonial*. Uniandes, Bogotá.
- Gnecco, Cristóbal y Piazzini, Carlo (eds.) (2003). *Arqueología al desnudo*. Unicauca, Popayán.

Wilhelm Londoño Díaz
Departamento de Antropología
Universidad del Cauca